

EL OPIO RELIGIOSO

IGNACIO MARTIN-BARO

"El patrón está contento,
porque me ve religioso,
soñando con la otra vida
y en ésta comiendo poco."

(Canción popular argentina).

En estos tiempos modernos, tan aparentemente dados a las drogas más diversas y exóticas, el "opio" añejo de la religión parece haber perdido actualidad e importancia, aunque esto no responda precisamente a un proceso de revolución social. Sin embargo, cada año la Semana Santa pone de relieve ante nuestros ojos que la religión sigue jugando un importante papel en la vida de nuestro pueblo. A pesar de todos los adelantos y transformaciones, el pueblo salvadoreño (el de verdad, no el de los discursos o el de las concentraciones prefabricadas con camiones, tamal y camarógrafos) sigue sintiendo muy entrañablemente las vivencias religiosas. ¿Será esto quizá porque para él no ha habido en realidad ni adelantos ni transformaciones? Es posible. En todo caso, frente a la creciente apatía religiosa de la burguesía y sus peones (demasiado ocupada en Semana Santa por saturarse de sol, trago y holganza), el pueblo humilde sigue participando a su manera en el misterio cristiano de la muerte y resurrección de Jesús de Nazareth.

Mirado con ojos serenos, el fenómeno de la religiosidad popular no puede menos de impresionarnos: las aglomeraciones procesionales, las confesiones pascuales masivas, el ansia por los ramos o el gualcal de agua bendita son expresiones de una necesidad religiosa, vivenciada a un nivel muy básico de la persona. El hecho puede ser interpretado de muchas maneras; pero antes de echar al vuelo campanas de regocijo eclesiástico o diatribas de condenación revolucionaria, parece conveniente tomar conciencia de la alteridad existencial que el pueblo manifiesta también en este ámbito de la vida frente a nuestra elaborada erudición. La religiosidad es otro de esos sectores en los que se abre un abismo de significaciones distintas para los diferentes estratos de la población salvadoreña.

En nuestro medio, los psicólogos hemos dedicado poco estudio y reflexión al fenómeno religioso popular, no sé si por incapacidad, por prurito cientista o por verbalismo pseudorrevolucionario. Pero el hecho está ahí, como parte del comportamiento popular, que es, en definitiva, el comportamiento de la mayoría de nuestro pueblo. Más aún, está también, aunque sutilmente diluido, en muchos sentimientos de culpa, en muchas crisis de sentido y en no pocas estructuras de comportamiento infantil que manifiestan las personas del sector burgués en ciertos momentos de tensión, de conflicto interpersonal o bajo los efectos del alcohol.

Analizando la psicología del argelino (cuando Argelia era todavía una colonia francesa), señalaba Frantz Fanon que la primera cosa que tenía que aprender el indígena era "a ponerse en su lugar, a no pasarse de sus límites", y que esta continua inhibición se reflejaba en que sus sueños fueran "sueños musculares, sueños de acción, sueños agresivos". El colonizado —decía Fanon— tiene la "agre-

sividad sedimentada en sus músculos".

Algo similar puede afirmarse del "indígena" salvadoreño, campesino o marginado urbano: su forzosa inhibición vital le lleva, por diversos conceptos, a sedimentar, no sólo su agresividad, sino su vitalidad entera en su estructura muscular. El pueblo vive a nivel muscular su trabajo y su descanso, su amor y su odio, sus penas y alegrías y, por qué no, también su religión. La forma religiosa del pueblo salvadoreño es fundamentalmente muscular. De ahí la predilección por aquellas ceremonias y ritos que, de alguna manera, implican acción y movimiento, como son las procesiones y las peregrinaciones.

Pero si la estructura formal de la religiosidad popular es de orden muscular, su estructura material, es decir, su contenido es pasional. Y pasional en un doble sentido: en cuanto implica un papel pasivo, receptivo, por un lado, y en cuanto implica dolor y sufrimiento, por otro. La vida cotidiana del salvadoreño humilde, amasada de privaciones, carencias y negaciones, constituye una materia perfecta para la simbolización sacrificial. En otras palabras, un campesino fácilmente encuentra en su vida la vivencia de la muerte como efecto del pecado: es el dolor causado por la injusticia, el sufrimiento producido por el egoísmo de los poderosos, el despojo diariamente actuado por la opresión de los dominadores. Lo que para los cristianos "desarrollados" (de otros países o del nuestro) no pasa de ser una historia más o menos exótica, para el cristiano del pueblo salvadoreño es una realidad cotidiana. Por eso su identificación inmediata con el Jesús sufriente, con la Virgen de las angustias o con la Magdalena abandonada. Por eso, también, su ambivalencia ante Judas, odiado y temido y, a veces, hasta muscularmente rechazado, pero necesariamente envidiado, como hombre del dinero, e incluso contrastado con el otro Judas, el bueno. ¿Serán acaso las dos caras de un mismo "Judas" real, personificación del rico poderoso, patrón temido y modelo envidiado?

Tanto en su nivel formal como en su nivel material, la religiosidad popular contiene semillas de conformismo y semillas de liberación. El furibundo ataque que contra determinados sectores religiosos desencadenan hoy los sectores más retrógrados del capitalismo salvadoreño y latinoamericano (incluidos ciertos sectores eclesiásticos), es índice claro de que la religión cristiana contiene otras virtualidades además de las adormecedoras. A fin de cuentas, los sacramentos pretenden actualizar en la historia el misterio de la salvación, es decir, la liberación de la muerte y del pecado, lo que, bien entendido, implica una lucha cerrada contra todo lo que en nuestra sociedad produzca muerte. Y estas realidades "pecaminosas", productoras de muerte (necrófilas, diría E. Fromm), son estructuras, instituciones y organismos sociales bien concretos. En cuyo caso, la muscularidad religiosa puede servir para mucho: por ejemplo, para lograr una verdadera libertad, símbolo y expresión históricas de la liberación definitiva anunciada en la resurrección de Cristo

Alternativa (SICA, San Salvador), Ponencia Quincena de Mayo de 1976.